

come : *Surge & comede*. Si estais en tierra , asidos á las riquezas , envueltos en el cieno de torpes deleytes , levantaos : *Surge*. Limpiad vuestras almas de las manchas de las culpas : doleos de todo corazon de haberlas cometido : proponed firmemente no volver á cometerlas : confesadlas , descubridlas todas á un sabio zeloso médico , que os trate con el rigor y la benignidad que se requiere para curar perfectamente vuestras almas enfermas. Levantaos limpios de los afectos terrenos : *Surge* ; y luego comed , recibid el cuerpo del Señor con humildad , ternura y devocion , y con la fe de que ha de ser el alimento y la medicina de vuestras almas. Y ahora mismo á vista de este solemne exterior culto que los religiosos hijos y herederos de la piedad de Elías tributan á Christo Señor nuestro sacramentado , con espíritu de religion tributadle todos un culto interior : purificad vuestros corazones para ofrecérselos en sacrificio , para hospedar en ellos al Señor. Comenzad á disponer os diciendo : Amabilísimo Jesus , confesamos que os hemos tratado con irreverencia é indignidad : que quando debíamos , al recibir vuestro Cuerpo , acordarnos como Vos mandasteis , de lo mucho que padecisteis por nuestro amor , hemos renovado los tormentos de vuestra pasion. Pero ya estamos arrepentidos , nos pesa de haberos ofendido. Perdonadnos , Jesus mio misericordioso : ya que residís en ese Sacramento como en un trono de misericordia , exercitadla en nosotros , aunque no la merecemos : concedednos la gracia de que dignamente os recibamos encubierto baxo esas especies , para que despues de esta vida , os veamos en el cielo lleno de magestad , reynar con el Padre y el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

DE SAN IGNACIO DE LOYOLA. (*)

Humiliabam in ieiunio animam meam. Psal. XXXIV.
v. 13.

Los que piensan , que los sermones panegíricos son unos discursos de sola pompa y ostentacion , los juzgan muy agenos de estos ú otros semejantes exercicios de piedad. Y tienen razon. Porque ¿ aquellos hechos maravillosos , de que están llenos algunos panegíricos , que tal vez no tienen mas fundamento que la credulidad del pueblo , ¿ producen otro efecto que una admiracion estéril ? ¿ Aquellos hipérboles y comparaciones odiosas , en que siempre el santo del dia sale superior á todos los demas , ¿ de que sirven , sino de quitar la veneracion y la fe al ministerio de la predicacion ? ¿ Aquellos sutiles , ingeniosos , ó por mejor decir , vanos pensamientos , con que alguno pretende igualar ó equivocar la santidad y la gloria de una criatura con la del Criador , ¿ pueden dexar de escandalizar los oidos piadosos ? Tales discursos no solo son agenos de estos exercicios , sino que son del todo inútiles , y absolutamente perniciosos.

Pero si los panegíricos de los santos se hacen conforme , y segun el espíritu de la Iglesia , son muy del agrado de Dios , y son una de las partes mas excelentes

y

(*) Este sermón es la plática que predicó el señor Climent en su iglesia parroquial el año de 1740 , en que la fiesta de san Ignacio cayó en la Dominica 8. *post Pentec*. No habiéndose colocado en los tres tomos de pláticas , se pone ahora entre los panegíricos.

y provechosas de la eloquencia christiana. Los otros sermones explican la fe en sus misterios, ó convencen al entendimiento con la doctrina y las razones: los panegíricos hablan al corazon con el exemplo, persuaden la virtud con la misma virtud. Aquellos hacen conocer al mundo la grandeza y la verdad de Dios en las Escrituras: estos demuestran las riquezas de su misericordia y los frutos de su redencion en la santidad y en la gloria de sus elegidos. Descubren á los hipócritas la imagen de una sincera devocion, á los frágiles la fuerza de la gracia de Jesu-Christo; quitan á los pecadores los pretextos que suelen alegar para serlo; infunden aliento en los mas viles y cobardes para abrazar la virtud; y hacen ver á todos, que no es imposible, ni aun difícil ser santos: porque las vidas de estos que refieren y celebran los panegíricos, no son otra cosa, que la ley de Dios reducida á práctica: no son otro que el evangelio de Jesu-Christo puesto en execucion.

2 Y así tengo por muy propio y muy conveniente haceros en esta tarde un breve elogio del gran patriarca san Ignacio, cuya memoria veneramos. Feliz yo, si supiera formarle segun las reglas de la verdadera christiana eloquencia ¡O! si supiera dar á las acciones de nuestro Santo aquel esplendor que se merecen! ¿Que gloria le resultaria á Dios, que quiso ser tan magnífico en su santidad? *Magnificus in sanctitate* ¹. ¡O! si con los colores de la oratoria, ó con el pincel de la lengua supiera pintaros una hermosa perfecta imagen de su virtud heróyca! ¡Como, como con el deseo de la semejanza os inspirara el gusto en la misma virtud! Yo os confieso ingenuamente, señores, que me enternecí muchas veces al leer, años ha, en Mafeo la vida de Ignacio; y la gran veneracion que le tengo en alguna manera la atribuyo á la energía y hermosa magestad del estilo con que la escribió aquel docto eloquentísimo hijo de nuestro Santo. Esta experiencia me hace mas sensible la falta

¹ Exod. c. xv. v. 11.

ta de la eloquencia que no tengo. Si el cielo me hubiera comunicado este don, para mayor gloria de Dios y provecho vuestro, le empleara gustoso en el elogio de Ignacio. O bien os representara la fortaleza, con que puesto á la frente de una invencible compañía, peleó contra legiones de hereges, que soldados del infierno investian por todas partes la católica Iglesia, reyno de Dios en la tierra: ó bien os manifestara la magnanimidad de su corazon, que no cabiendo en los dilatados términos del occidente, buscó en el oriente recién descubiertos nuevas provincias, en donde explayar su apostólico zelo: ó bien os propondria la sabiduría y la prudencia, con que nuevo patriarca instituyó una admirable religion, con nuevas admirables leyes, y con un nuevo admirable gobierno, con el deseo y con el fin de que despues de su muerte quedaran en sus hijos otros tantos herederos de su espíritu. Y con esto os diria de Ignacio lo mismo que la Escritura de Salomon: *Dedit Deus sapientiam Salomoni, & prudentiam multam nimis, & latitudinem cordis, quasi arenam, quæ est in littore maris* ¹; y al oírlo, atónitos diriais lo que la reyna Sabá, al ver en Salomon mas de lo que publicaba la fama.

3 Estas virtudes, que hicieron á Ignacio uno de los mayores héroes de la Iglesia, para ser dignamente celebradas necesitan de la facundia de un Chrisóstomo, y de la energía de un Nacianzeno. Por eso empeñado yo, á pesar de mi insuficiencia, á formar su elogio, no me atrevo á tomarlas por asunto. No quiero proponérslo semejante á Salomon en la magnanimidad, en la sabiduría ó en la prudencia, virtudes propias de un gran monarca, que haciendo resplandecer en nuestro Santo la inmensa magestad y gloria de Dios, le concilian nuestra admiracion y respeto. Pretendo proponérsle semejante á David en la humildad y en la penitencia,

Tom. II.

G

vir-

¹ III. Reg. c. iv. v. 29.

virtudes propias de un pecador, que pueden moveros á la imitacion. Deseo que tengais por exemplar y por maestro á nuestro Santo humilde y penitente, y así os hablaré en las dos partes de mi oracion de su humildad, y de su penitencia.

Primera parte.

4 No una vez sola sino muchas manifestó al mundo el real profeta David su humildad. Apénas acaba de decirnos, ó decir á Dios en las palabras del tema que me propuse, que humillaba su alma con el ayuno y la penitencia: *Humiliabam in ieiunio animam meam*: luego al verso inmediato continua diciendo, que triste y lloroso se humillaba: *Quasi contristatus & lugens sic humiliabar*¹. Tenia siempre presente el enorme delito que habia cometido, y su gravedad y su peso le abatia y le humillaba: porque como enseña el señor santo Tomas de Aquino², el conocimiento de los propios defectos es el mas poderoso motivo que tiene una criatura racional para humillarse. Verdad es que en sentir del mismo angélico doctor, sola la Magestad de Dios bien conocida es bastante motivo para humillarnos. Aunque alguno fuera tan perfecto, que mirándose á sí mismo no encontrara la menor falta, con todo, si levantando los ojos al cielo se comparara con Dios, se hallara no solo defectuoso, sino reducido á la mayor poquedad, y casi á la nada, como se explica Isaías³: *Omnes gentes quasi non sint, sic sunt coram Deo*. Así María señora nuestra siendo la mas pura, fué la mas humilde de las mugeres, y así tambien Jesu-Christo, siendo impecable, fué mas humilde que todos los pecadores.

Pe-

¹ Psal. xxxiv. v. 14. ² 2. 2. q. 161. ³ Isai. c. xl. v. 7.

Pero esto no obstante, si no tuviéramos el contrapeso de los pecados cometidos, con gran dificultad nos humilláramos: pues vemos que nuestro amor propio, que no solo no nos quita nuestras faltas, sino que ocultándolas lisongero, nos las aumenta, es el mayor enemigo de la humildad, es el que nos hace vanos y soberbios. Y sabemos que el mas perfecto de los ángeles viéndose hermoso, sin mancha, se hizo tan soberbio, que se atrevió á igualarse con el Dios que acababa de criarle. El conocimiento pues de sus defectos y de sus pecados es el que humilló al real profeta: *Humiliabam in ieiunio animam meam*. Y el mismo conocimiento es el que hizo humilde á san Ignacio.

5 Un nacimiento ilustre, una crianza libre, un genio altivo, todo el mundo, el infierno todo conspiraron en hacer á nuestro Santo soberbio y pecador. Contemplad, señores, como en sus primeros años desdeñándose de labrarse su fortuna en la carrera de las letras, por mirar como sombría la gloria que se adquiere en las escuelas, sale de la casa de sus padres á buscar la gloria militar en las campañas. Contemplad como ya soldado, empeñándose bárbaramente en los mayores peligros, sin reparar en la nota de temerario, aspira á tener el crédito del mas valiente. Contemplad, como persuadido de la superioridad de sus hazañas y de sus méritos, no sufre competidor en la distribucion de los premios. Y á mas de su ambicion y soberbia entre las licencias de soldado, registrad disolutas, desenfrenadas todas las vehementes pasiones de la juventud. ¿ Quien, pregunto, ha de humillar á este jóven soberbio? ¿ Quien ha de darle á entender su error y su engaño? ¿ Quien ha de sujetar su dura cerviz al yugo del Evangelio? ¿ Quien? Dios omnipotente. La mano de Dios que derribó en los campos de Damasco á san Pablo, no la mano del enemigo, es la que hirió y postró á Ignacio quando intrépido defendia una ciudad sitiada. Dios es el que dispone, que en lugar de un libro de novelas ó

G 2

de

de fábulas, le dén la historia de las vidas de los santos. Parece que estoy viendo como, incorporado en la cama, lee con gusto lo que empezó á leer por pasatiempo, contempla la quietud y sosiego interior que gozaban los anacoretas, y pasa á hacer reflexion sobre su vida inquieta y turbulenta. Compara el premio que merecen los que militan con Jesu-Christo, con el que alcanzan los que sirven al mundo, reconoce en aquel la ventaja, y envidioso de la dicha de los santos, se pregunta: *¿No soy yo de su misma naturaleza? Pues ¿porque no he de ser yo feliz como ellos, haciendo todo lo que ellos hicieron?*

6 Despues de estas primeras agitaciones, primeros movimientos de su corazon, aprovechándose de la luz y de la gracia, que empezaba á comunicarle el cielo, quiere ser juez de sí mismo. Encontrándose luego convencido de sus delitos, se confunde, se humilla tanto, que se condena por el mas vil miserable pecador: *¿Hay, decia, prueba mayor, mejor argumento que yo de la miseria del hombre? E inmediatamente se impone el severo castigo, la dura pena de reprimir en sí todos los movimientos del orgullo, todos los impulsos de la vanidad. Desde luego empieza á decirse lo que despues repetia muchas veces como compendio de toda perfeccion: Ea, corage, véncete á ti mismo. Para conseguirlo renuncia todos los bienes de su patrimonio, todas las esperanzas de su fortuna, todos los placeres del sentido. Renuncia el amor de su pais y parientes: renuncia á su amor propio: renuncia á su propia voluntad.*

7 No le perdais de vista, señores, y veréis quando sale segunda vez de su casa de lo que salió la primera. Aquel que salió ántes á vestirse en los palacios y en los exércitos del César las galas de cortesano, y las corazas de soldado, insignias de su vanidad, se desnuda ya de unas y otras, y las cuelga en el templo de María de Monserrate, como trofeo, ó como despojo de su humildad. Aquel que enamorado de su natural gallardía,

día, por no perderla sufrió en su cuerpo el mas cruel tormento, vestido de un saco, débil, macilento, reclinado sobre un bordon, apenas conserva en su rostro la menor seña de lo que fué. Aquel que altivo aspiraba á ser independiente, ya sirve en los hospitales, ya va mendigando de puerta en puerta el pan, ya sufre las mayores befas, oprobrios y escarnios. Aquel que no sufría igual entre los hombres, para aprender los primeros rudimentos de la gramática, ocupa el último lugar en una escuela de niños. ¡O Dios mio! ¡O Ignacio! ¡O señores! No extrañeis que interrumpa mi oracion con el asombro: porque cada una de estas acciones es un prodigio de humildad, y es un fiscal de nuestra soberbia. Bien pudo David entre las paredes de un palacio y los esplendores de un solio, abrir en su corazon profundas las zanjias de su humildad. Pero Ignacio, siendo dentro de sí mismo humilde, nos dexó, como habeis visto, admirables exemplos para que lo fuéramos. Y siendo penitente, nos dexó tambien muchos exemplos de penitencia, como veréis en la

Segunda Parte.

8 Cada vez que el real profeta, nos acuerda su humildad, hace mencion de su penitencia. Ya nos propone su humildad entre los ayunos: *Humiliabam in ieiunio.* Ya entre lágrimas de penitencia: *Quasi lugens sic humiliabar.* Y quando elige á su corazon humillado, como la víctima mas agradable, para ofrecerle á Dios un sacrificio, le elige tambien contrito y penitente: *Cor contritum & humiliatum Deus non despicias.* Están entre sí especialmente conexas estas dos virtudes: porque siendo, como os dixé, el conocimiento de nuestras culpas el motivo de ser humildes; lo es tambien de ser penitentes. Los pecados como faltas propias nos muer-

ven á la humildad: los pecados como ofensas de Dios los obligan á la satisfaccion ó penitencia. Por eso nuestro Santo luego luego que fué humilde, fué penitente. Apenas conoció la gravedad de las culpas que le oprimian y humillaban, procuró satisfacerlas ó aligerarlas con la penitencia.

9 No fué del número de aquellos que dando el primer paso en el camino de la penitencia, se retiran: que preguntan continuamente si pueden ó no pueden, si es tiempo ó no es tiempo; y con una circunspeccion que les inspira la prudencia de la carne, temiendo pasar mas allá de lo que pueden llevar sus fuerzas, se quedan mas atras de lo que piden sus obligaciones. Fué Ignacio del número de aquellos penitentes, que entran en el camino de la penitencia con madura deliberacion, no se arrojan con un fervor precipitado: que previendo las dificultades para superarlas, exâminan su conversion, no para diferirla por respectos humanos, sino para fortificarla con sérias y santas reflexiones. Ni la ligereza, ni el capricho tuviéron parte en su mudanza. Por eso fué constante en la penitencia: desde el primer instante de su conversion hasta el último de su vida ayunó todos los dias, dedicó siete horas á la oracion, poquísimas al descanso, y castigó tres veces su cuerpo con ásperas disciplinas.

10 Ni la burla, ni el escarnio que hizo el mundo de Ignacio al verle penitente, le detuviéron en el camino, ni le turbáron su santo propósito. Este es uno de los mayores obstáculos que opone el demonio á la conversion de los pecadores. El real profeta se quejaba amargamente de los oprobrios que le decian, porque llevaba una vida regulada: *Locuti sunt vanitates, quoniam sequebar bonitatem*¹. Lo mismo que le sucedió á David y á nuestro Santo profetizó san Pablo que sucederia á quantos quisieren exercitarse en la piedad: *Omnes*

¹ Psal. xxxvii. v. 21.

*nes qui pie volunt vivere in Christo persecutionem patientur*¹. Y aun en nuestros dias parece que ha subido de punto la malignidad: sin mas razon que porque algunos con sus hipocresía han infamado la virtud, se atreven muchos á motejar de hipócritas á quantos no se les asemejan en la insolencia. Si un hombre arrepentido de su mala vida pasada dexa el juego, se aparta de la compañía y de la casa en que por experiencia conoce que se arriesga su salvacion: si distribuye entre los pobres la parte de los bienes que le sobra, si asiste con mas freqüencia y devocion á los sagrados misterios: si una señora en la flor de su edad renuncia á las vanidades del siglo, y reduciéndose á vivir segun las reglas de la christiana modestia, huye de aquellas conversaciones en que tanto peligra la pureza, y asiste á las iglesias y á los hospitales; luego los censores de la república sin conocimiento de causa, dan una sentencia del todo contraria á la caridad y á la justicia. Aquel, dicen, es un ridículo, amigo de novedades: ha sido un capricho por distinguirse de los demas. La otra, dicen sin saberlo, se le han desvanecido sus ideas y sus deseos, no basta su patrimonio para las galas que rozaba, esto es ligereza de su genio inconstante. ¡Que perjuicios causan estas malignantes censuras! ¡Quantos actos de virtud impiden! ¡Quantas penitencias, que están para nacer, las sofocan! ¡Quantas tiernas conversiones malogran!

11 Culpable es, señores, tanta malignidad; pero tambien fuera indigna y villana vuestra flaqueza, si por el temor de estas voces, y de las opiniones de los hombres frustrárais las inspiraciones del cielo, abandonando la resolucion y el designio, que teneis formado, ó debeis formar de servir á Dios. Aprended de Ignacio á vencerlas con el desprecio. Corrido de haber sido pecador, no se corre de ser penitente. Atento al juicio de su conciencia que le acusa, no oye, ó no hace caso de

¹ II. ad Timot. c. III. v. 11.

los juicios y acusaciones del mundo. Solas sus culpas le turban y confunden: todo lo demas ni le avergüenza, ni le da cuydado. Como ama á Jesu-Christo, y no al mundo, solo á Jesu-Christo teme, no al mundo. Todos sus deseos son de servirle, todos sus temores son de disgustarle. Lleno de dolor verdadero, incapaz de vano temor, penetrado de compuncion, sale al mundo cargado de cilicios, con un Crucifixo en la mano, teniéndose por muy feliz, si á costa de su pública penitencia y confusion consigue la gracia que le pide.

12 Ahora reparo, señores, que fuí inadvertido en deciros en el exórdio de mi plática, que la magnanimidad, la fortaleza y la prudencia hicieron con especialidad resplandecer en nuestro Santo la gloria, y la magestad de Dios. Hablaria tal vez á los ojos, ó segun el juicio del mundo: porque á las luces de la fe se ostentó Dios mas admirable y mas glorioso en su humildad y penitencia, que en las otras virtudes. En su mudanza de soberbio á humilde, de pecador á penitente hizo Dios alarde de su poder y de la sabia conducta de su providencia. ¡Quan incomprehensibles son, Señor, vuestros juicios! ¡Quan admirable fuiste en nuestro Santo! Permitiste, que frágil cayera, para que se levantara humilde. Permitiste que enfermara por la culpa, para darle mas robusta salud con la penitencia. Quisiste, segun se explica Agustino, que su caida en el pecado fuese en el camino de la perfeccion un paso mas hácia á la gloria: *Quia meliores redeunt atque cautiores*. Quisiste que Ignacio humilde y penitente fuese nuestro mejor maestro.

13 En la escuela de su vida, señores, debemos tomar lecciones de humildad y penitencia. A todos nos dice lo mismo que se decia á sí propio: Tened aliento, tened ánimo para venceros á vosotros. Venced el amor propio que os desvanece: venced la pusilanimidad que os hace horrorizar del solo nombre de penitencia. Con el exemplo nos enseña lo mismo que nos dice. Ya que

... fuit

fuimos como Ignacio soberbios, seamos como Ignacio humildes. Ya que fuimos como Ignacio pecadores, seamos como Ignacio penitentes. Si deseamos tenerle por protector y abogado, tomémosle desde ahora por maestro y por exemplar. Postrados á los pies de Jesu-Christo, mirando la gravedad de vuestras culpas y á su Magestad ofendido, humillaos, compungios. Haced un verdadero propósito de resistir los impulsos de la vanidad, de mortificar los sentidos con la penitencia. Vos, Señor, estais ofendido de mis culpas: me pesa, &c.

S E R M O N XXVIII.

DE LA ASUNCION DE MARÍA SANTÍSIMA. (*)

Martha satagebat circa frequens ministerium. . . Maria optimam partem elegit, quæ non auferetur ab ea.
Lucæ c. X.

I Si la Iglesia no acostumbra celebrar la memoria de los santos sino en el dia de su muerte, por ser aquel el dia feliz, en que comenzaron á vivir una vida eterna, ó segun la expresion del real Profeta, subiéron como ligeras águilas á renovar su juventud á los rayos del sol eterno: Si la Iglesia, Ilustrísimo y Reverendísimo Señor mi Señor, decia yo, por lo regular solamente celebra la dichosa muerte de los santos, con mucha razon celebra en este dia la muerte de María señora nuestra, mas santa que todos los santos, mas bienaventurada que todos los bienaventurados. Y bien que no sea esta la única festividad de María Santísima, siendo

Tom. II.

H

mu-

(*) Predicado en 1761. en la catedral de Valencia.